

solo contacto con los extranjeros? Yo creo, yo quiero creer que no. Y por eso, en vez de decir, como Lugones, que el gaucho muere, aseguro, como Gerchunoff, que hasta los judíos, después de veinte años de vida libre en el campo argentino, merecen ser llamados los gauchos de Israel...



La obra de Anchorena.

ESTAMOS en las barrancas de Belgrano, bajo el ombú centenario. De pie sobre un banco de piedra, el intendente Anchorena me explica sus proyectos. La línea férrea que pasa enfrente, querría suprimirla, ó, mejor dicho, hacerla subterránea para llevar las arboledas de Palermo hasta el río...

—Todo se lo debemos al río—exclama—, y, sin embargo, ni siquiera tratamos de verlo. ¿Lo ha visto usted desde que está aquí?... Hay que verlo, sin embargo; hay que verlo, aunque nos cueste algunos sacrificios...

Mientras este hombre habla, yo le contemplo y no puedo menos de considerarlo cual un símbolo. Rico, joven, activo, con una sed de progreso y de reformas que no le deja dormir,

diríase, realmente, que encarna el alma insaciable de esta ciudad que después de haber llegado á rivalizar, por su belleza y por su grandeza, con las más grandes del mundo, todavía no está satisfecha y sueña en más bellezas, en más grandezas, y cada día convierte en realidad alguno de sus sueños. Hoy es un parque nuevo, mañana una nueva avenida, luego un edificio, luego una estatua, luego un metropolitano... El descanso no es de su reino. Y la gente, que suele contar los millones que todo esto cuesta, exclama:

—¡Es una locura!...

Pero en vez de ponerse seria, en vez de protestar, esa gente sonrío, orgullosa, y alienta al que, sin miedo y sin tacha, se ha hecho cargo de realizar lo que la ciudad desea.

—Por desgracia — exclama el intendente bajándose de su banco —, no es posible ir tan de prisa como uno quisiera. Ahora, en el centro, las avenidas diagonales, que deben servir para descongestionar la *city* y para romper la monotonía del damero colonial, es lo que más nos preocupá. Pero al mismo tiempo hacemos algunas otras cosas... Uno de los trabajos importantes llevados á cabo el

año pasado ha sido el jardín á la francesa en el parque Tres de Febrero. Hemos tenido en aquel sitio necesidad de levantar el nivel del suelo hasta dos metros en ciertos lugares con motivo del ensanche de la avenida de Alvear, que es nuestra Avenue des Champs Elysees... ¿Y sabe usted cuánto tiempo invertimos en aquella obra, cuya extensión total es de doce hectáreas?... Pues cuatro meses, ni una semana más. Los extranjeros se quedan espantados cuando ven la rapidez de nuestros trabajos públicos. Nuestro metropolitano de la avenida de Mayo fué construído en el tiempo que emplean en Francia ó en Italia para edificar una casa...

*

Hay en este hombre, cuando habla, algo de tan juvenil, de tan optimista, que en el acto se comprende el secreto de su fuerza. Los que le tratan á diario, como mi compañero y amigo Bustillo, admiran su amor al trabajo, que le hace levantarse todos los días con el Sol para hundirse en el acto entre las montañas de papeles municipales. En realidad, esto no sería nada sin lo otro. Lo prin-

cipal, lo que constituye su resorte, es la fe en su propia obra, una fe casi religiosa que nunca ninguna sombra de duda ni de inquietud parece haber nublado. Hace poco, con motivo de la crisis, el Consejo municipal empleó más de una sesión en censurar los proyectos del intendente relativos á una de las avenidas diagonales. Según los cálculos de algunos de los opositores, la obra, ya emprendida, ha de costar muchísimos millones al Municipio. Lo que el Sr. Anchorena contestó entonces lo ignoro. Supongo que, como todos los que se hallan en su caso, trató de probar que sus adversarios estaban en un error. Pero, ó mucho me equivoqué, ó en el fondo de su alma debió haber entonces un gran dolor y una gran extrañeza al ver que, por cuestión de unos cuantos millones más ó menos, ciertos representantes de la ciudad podían así oponerse al embellecimiento de Buenos Aires. Porque para este hombre el dinero no es nada cuando se trata de obras grandes, de obras bellas, de obras duraderas, de obras patrióticas.

El paseo de Palermo parece ser uno de los que más cariño inspiran al intendente. Al pasar en el automóvil que nos lleva hacia ba-

rrios lejanos por la avenida Alvear, me señala el sitio en que está haciendo ahora una magnífica plaza de diez hectáreas sólo para obtener una hermosa perspectiva sobre el monumento de los españoles.

—Pero ¿cree usted que vale la pena de todo eso el tal monumento?—le pregunto.

Con su aire serio, sincero, curioso, fija en mí su mirada clara, como si quisiera sondear el fondo de mi pensamiento. Luego, muy suave y muy decidido, murmura:

—A mí me gusta.

¿Qué contestar á quien así habla? Además, no es para entablar discusiones sobre la escultura para lo que he venido á dar este paseo, sino para ver algo de lo que en Buenos Aires se hace actualmente.

—Allá—exclama el intendente, extendiendo el brazo hacia el Norte—, allá, frente á la avenida de los Lagos, nos hemos reservado unas cuatro hectáreas para hacer una Roseaie... ¡Ah, no es la Malmaison, no!... Apenas unos diez mil ó doce mil rosales plantados clásicamente, y entre los cuales repartiré algunas obras de arte que deben llegar pronto de Europa... ¿Conoce usted á Bourdell?...

—Es el más grande escultor después de Rodin—le contesto.

—¡Bueno!—exclama con un aire ingenuo—. ¡Me alegro!... De Bourdell son justamente algunas de las obras que esperamos... Los jardines, las flores, á mí me interesa eso mucho... Ahora me ocupo de los parques: del parque Lezama, que vamos á ver luego; del parque Olivera, que inauguramos este mismo año; del parque Chacabuco, donde quiero hacer una especie de *stand* popular para que todos puedan cultivar los juegos atléticos; del parque de los Andes, que pienso reservar á los niños, construyéndoles un teatro; del parque Patricios, donde deseo ampliar los viveros... En seguida tengo que reformar y embellecer también las plazas del centro: la de San Martín, la de Rodríguez Peña, la del Once de Septiembre, la de Maipú y Santa Fe, otras, otras muchas... Es preciso aumentar los árboles raros, las flores, los bancos, las obras de arte... Todo eso sirve para la salud de las ciudades. Y, además, los niños, en el centro, no tienen nunca bastantes plazas para jugar... ¡Los niños!

Este hombre, tan positivo y tan activo, que parece no pensar sino en mover y remo-

ver, con la formidable palanca de los millones, la tierra de la capital, tiene una debilidad. Más encantadora no podría ser: la debilidad de los niños. A cada instante, en efecto, entre los escombros que su mente sueña, aparece algo consagrado á la infancia. «Aquí—dice señalando un espacio aun lleno de casas viejas—, aquí pienso hacer una cancha de *sport* para los chiquillos.» «Aquí—exclama ante una enramada—, aquí crearía yo, si pudiera, un teatro infantil, uno de los muchos que sería necesario crear.» «Aquí—murmura al pasar por la plaza de San Martín—, aquí una de las cosas que preparo es algo que sirva para los niños.» Y así en todas partes, así á todas horas. Los niños son su perpetua preocupación. Y por eso los niños, que lo saben ó lo adivinan, gritan cuando lo ven pasar por los barrios bajos:

—¡Viva Anchorena!

En el lejano y magnífico parque Lezama se nota bien el entusiasmo del buen intendente por sus chiquillos. Viendo la infinidad de juegos de que la infancia dispone bajo los árboles, evoco el recuerdo de los jardines de Tokio, que han sido llamados por los extranjeros paraísos infantiles. Fuera del

Japón, en efecto, sería en vano buscar un lugar cual este.

—¡Pobrecitos!—exclama el intendente.

Y luego, haciéndome subir de nuevo al automóvil, agrega:

—Por los muchachos, más que por otra cosa, me empeño en construir barrios obreros como el que vamos á ver... Figúrese usted que hay familias de obreros que tienen tres y cuatro hijos y que viven en una habitación malsana... Pero, ó poco he de poder, ó llegaré á hacer una verdadera ciudad de habitaciones baratas é higiénicas... Ahora no tenemos todavía ni ciento... Poco á poco...

El automóvil rueda por calles pavimentadas de tal modo que París y Berlín podrían envidiarlas. Ya no estamos, empero, en los barrios elegantes. Hemos atravesado inmensos espacios en los cuales la edificación es modesta. De vez en cuando, una enorme chimenea de fábrica nos deja ver que nos hallamos en los arrabales obreros. Nada, empero, de lo que en Europa indica la pobreza de las bajas clases nos choca. Los «almacenes», aunque más pequeños que en el centro, ostentan las mismas vituallas tentadoras. Los chiqui-

llos que juegan en las aceras están vestidos como los hijos de los burgueses. Sólo de tarde en tarde, un hombre sucio, con el sombrero deformado y los zapatos rotos, fuma su pipa en alguna esquina: es un emigrante recién llegado que, dentro de un mes, ya trajeará tan bien cual los obreros criollos. Al cabo de veinte minutos llegamos á un suburbio en formación. Todavía no están asfaltadas las calles y ya hay tiendas. El automóvil va dando tumbos por el arrollo lleno de charcos.

El intendente sonrío y hace parar el coche.

—Venga usted—me dice, apeándose—; venga usted... Esto es interesante.

A primera vista confieso que nada en el rincón desolado de la gran capital me parece digno de una visita. ¡Qué lejos estamos de Palermo, de la avenida de Mayo, de la calle Florida! Ni siquiera se diría que fuese la misma población.

De pronto, abriendo los brazos, Anchorena exclama:

—Todo esto se lo hemos robado al río... sí... ¿Ve usted el agua que hace impracticables algunos puntos? Es del Plata... Como los holandeses, hemos ido conquistando, me-

tro por metro, el dominio líquido hasta formar el barrio entero... Es un trabajo formidable...

Más que en el panorama urbano, yo veo la magnitud de la empresa en los ojos claros del gran transformador, del gran edificador. Una llama de orgullo, que antes no le he notado ni ante los jardines paradisíacos ni ante las nuevas avenidas céntricas, ilumina sus pupilas.

—Esto—me dice—es un alivio para los pobres... En Buenos Aires los alquileres son muy caros... En cualquier «conventillo» una habitación mal ventilada vale treinta pesos al mes... Por eso estamos ahora construyendo estas casitas...

Andando á pie hemos llegado hasta un amplio terreno, en el cual se alza, como un pueblo para muñecas, un centenar de casitas blancas, risueñas, floridas. Cada una de ellas tiene tres habitaciones y una cocina y un patio. Su alquiler es menor que el de cualquier cuartito sórdido de las casas viejas.

—Aquí también haremos jardines, plazas, avenidas—dice el mago de las infinitas transformaciones—. Es preciso que la gente pobre tenga lugares agradables lo mismo que los

ricos... Ahora estoy para inaugurar el mercado... Después nos ocuparemos de lo demás... Y luego..., ¿sabe usted?..., luego, en vez de ciento, haremos mil, más de mil, miles de habitaciones obreras... Hay que defender á los pobres contra la codicia de los ricos... Hay que darles todo, hasta lo que no piden, hasta teatro, sí, sí... También ellos tienen derecho á algo de belleza...

Cómodamente arrellenados en el automóvil nos alejamos del barrio sin concluir y rodamos de nuevo por el suave asfalto. ¡Qué inmenso es Buenos Aires! Las estadísticas nos dicen, con la elocuencia de las cifras: «El perímetro del municipio de la ciudad es de 62 kilómetros y medio, lo que hace de ella una de las más grandes capitales del mundo. Es más grande que París, cuya superficie es de 7.802 hectáreas; más grande que Berlín (6.326 hectáreas), que Hamburgo (7.346 hectáreas), que Viena (5.540 hectáreas). Sólo Londres, con sus 30.476 hectáreas, y Nueva York, con sus 76.347 hectáreas, son superiores á ella en extensión.» Pero esto mismo, cuando uno no lo sabe sino por haberlo leído, nada significa. Es preciso atravesar de Norte

á Sur y de Oriente á Poniente la metrópoli para darse cuenta de su inmensidad.

—Hay cerca de ciento veinte mil casas para un millón setecientos mil habitantes—me dice el intendente.

*

El automóvil ha entrado, al cabo de tres cuartos de hora, en el centro. He aquí el barrio delicioso de la Recoleta, el barrio alegre por excelencia, el barrio feliz, en el cual hasta el cementerio es como un jardín. A cada paso se alza ante nuestra vista un monumento público ó privado. El intendente parece soñar. De pronto, sacando de la cartera una página arrancada á un libro, me pregunta:

—¿Es feo Buenos Aires?

—Para mí—le digo—es admirable.

—Vea usted...

Y me da la hoja, en la cual leo:

«Buenos Aires produce una impresión penosa. La fealdad de su edificación sonora y multiforme, la carencia de perspectivas y la monotonía de sus calles, rectas é iguales, revelan, en nuestro espíritu colectivo, una falta absoluta de sentimiento estético. Ciu-

dad sin fisonomía propia, desdeñosa de su carácter colonial de antaño, arrogante de civilización y de riqueza, implacable para con los últimos restos de su abolengo romántico, febriciente en su absurda megalomanía que le lleva á buscar la semejanza de Londres y de París, Buenos Aires es apenas una imitación torpe y ridícula de aquellas capitales europeas. Enloquecida por su afán de embellecerse toma los prestigios ajenos, sin advertir que, de tal manera, suprime su porvenir espiritual y que en la gloria aparente de sus bellezas prestadas ostenta su triste condición de pueblo secundario.»

—Eso está escrito por un argentino—me dice con tono triste.

—Ya se adivina. Pero ¿qué importancia tiene ello?... En estas cuestiones de estética se puede asegurar lo que se quiere sin temor de ser desmentido. ¿Dónde está, en efecto, el modelo, el canon de la belleza de un pueblo?... En general, París pasa por la más bella ciudad del mundo, y Nueva York, por la más horrible. Pues bien; el filósofo Alverighi, en un libro de Guillermo Ferrero, proclama que no hay metrópoli tan hermosa como Nueva York, con sus casas desiguales,

con sus rascacielos abominables de veinte pisos; con sus copias de pagodas, de catedrales góticas, de castillos medioevales y de cavernas de trogloditas... De Buenos Aires, unos dirán que es bello y otros que no lo es. Lo que nadie jamás podrá pretender es que sea una ciudad rastacuera. Yo oigo hablar mucho de la vanidad argentina, de la «parada» y del «corte» argentinos, del instinto *parvenu* de los argentinos. Pues bien; si todo eso existe será dentro de casa. Fuera, no. ¿Dónde están aquí las copias grotescas ó las invenciones caricaturales? Una gran armonía, y hasta puede agregarse una gran modestia, presiden en general á las edificaciones. No pudiendo inventar nuevas líneas, los arquitectos prefieren copiar las más puras y las más sencillas en vez de perderse, como los catalanes y los bávaros, en el laberinto ridículo de las invenciones y de las reconstituciones. Hace años, cuando estableció el Municipio el famoso premio á las más bellas fachadas, yo temí que el deseo de sobresalir llevase á algunos propietarios á hacer cosas estupendas. Por fortunã, no fué así. Los treinta ó cuarenta edificios que han obtenido el premio podrían ser trasladados á Pa-

rís sin que sus líneas chocaran en el conjunto armonioso de la gran capital europea. Lo feo, en Buenos Aires, no son las casas, no... Son las calles centrales, todas divididas por cuadras y manzanas...

El intendente me interrumpe, diciéndome:

—Eso es lo que yo deseo corregir hasta donde sea posible... Las primeras avenidas diagonales construídas rompen ya en ciertos puntos la monotonía del damero... Luego vendrán otras... Vendrá la de Norte á Sur, que es la más importante, y que tendrá unos cinco kilómetros de largo... Sólo que, ¿sabe usted lo que costará esta obra?... Doscientos millones de pesos... Para comenzar, la ley no nos autoriza á negociar sino un empréstito de 30 millones, en la inteligencia de que con esta suma se pueden iniciar los trabajos de expropiación y dar tiempo á que los terrenos destinados á la reventa alcancen un precio que permita continuar la labor. Este cálculo no es exagerado... Antes tenemos que concluir otra diagonal que, parti ndo de la plaza de Mayo, donde se halla el palacio de Gobierno, irá hasta la plaza Lavalle... Un empréstito de 75 millones de francos nos ha permitido acometer

ya esta obra, que marcha rápidamente... Y ¿sabe usted á qué precio hemos tenido que expropiar las manzanas necesarias para ella? A mil seiscientos pesos la vara; es decir, á más de cuatro mil francos el metro cuadrado... Pero en Buenos Aires el dinero no nos ha de faltar nunca... Ni el entusiasmo tampoco... Ya verá usted... En 1916, cuando celebremos el centenario, todo estará terminado...

¡En 1916; es decir, dentro de dos años!... ¡Y algunos de estos trabajos formidables, al lado de los cuales el famoso final del bulevar Haussman, de París, es una bagatela y la Gran Vía, de Madrid, una broma, no han comenzado aún!... En otra parte, con otro hombre, casi tendría uno derecho á reirse de tal promesa. Pero Buenos Aires es la ciudad de los milagros, la ciudad de las mil y una noches del progreso, y Joaquín Anchorena, su encarnación viva y activa.



Actores criollos.

Si alguien me preguntara:
—¿Ha visto usted actores argentinos?

Le contestaría:

—Sí, he visto muchos.

Y si luego agregase:

—¿Cuáles?

Tendría que decirle:

—Parravicini y otros cuyos nombres he olvidado.

Esto no significa que sólo el gran intérprete de *El tango en París* sea digno de que su nombre sea recordado. Esto significaría tal vez más bien que son tan numerosos los comediantes en esta ciudad de todos los esplendores, de todos los lujos, de todos los placeres, que no bastan unas cuantas sema-